

Don Edmundo O'Gorman y la historiografía mexicana

JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

Un gran ausente en un homenaje a don Edmundo O'Gorman es, sin duda, don Juan Ortega y Medina, quien fuera el más productivo y tal vez el más brillante de sus discípulos. Ortega me acompañaría en el recuerdo, después de tantos elogios vertidos sobre la obra de nuestro querido maestro, de aquellos tiempos cuando la Facultad de Filosofía y Letras dejó Mascarones al pasar a la Ciudad Universitaria y O'Gorman fue blanco de una hostilidad abierta e intolerante; sin duda me acompañaría en la satisfacción de que por fin don Edmundo alcanzara un gran reconocimiento.

La vida me dio la oportunidad de estudiar en varios países y de tener muchos maestros, pero don Edmundo siempre ocupó un lugar particular en mi formación, y mi aprecio se mantuvo incólume a pesar de que mi carrera se ha centrado en El Colegio de México.

Me unió al maestro O'Gorman, durante cuarenta y cuatro años, "una amistad intelectual y de la otra", como alguna vez escribió en una dedicatoria. Durante esos largos años conocí muchos O'Gormans: del atractivo profesor que en mis tiempos de estudiante encandilaba a sus alumnas, convencido de que "la frivolidad es una dimensión de la cultura", pasando por el brillante expositor, el intelectual de una pieza y padre intelectual que tanto exigía a los que nos atrevíamos a hacer tesis bajo su dirección, hasta el profesor-abuelo preocupado por nuestros problemas. De todas esas facetas, quiero subrayar dos, la del historiador y la del maestro.

Sin duda en México ha habido grandes historiadores; no obstante, en muchos sentidos podría hablarse de la historiografía mexicana antes y después de Edmundo O'Gorman, a causa del planteamiento que hizo de preguntas tan fundamentales como el sentido que tiene la historia, la natura-

leza del conocimiento histórico y de la tarea del historiador. En su compromiso con la profesión, O'Gorman buscó trascender la mera superficie de los hechos, enfrentarse y explicar sus contradicciones, aceptar que la historia que escribimos, tan ligada a la vida, responde a las limitaciones de nuestras circunstancias y subrayar que somos nosotros los que inyectamos un sentido y una intencionalidad a los hechos. O'Gorman pensaba que la tarea del historiador era rescatar la historia del hombre en el pasado, no la historia del pasado del hombre, como lo definió muy bien el maestro Ortega y Medina hace casi veinte años.

Don Edmundo gozó de una larga y fructífera vida dedicada en su mayor parte al servicio académico de nuestra Universidad y de nuestro país, a los que amó tanto. Su huella profunda en el quehacer histórico trascendió la UNAM, gracias a su colaboración con otras instituciones y a sus publicaciones. A los que fuimos sus discípulos en épocas tempranas, antes de que sus provocativas preguntas y respuestas fueran aceptadas, no deja de sorprendernos ahora, al recordarlo, la forma feroz en que alguna vez se le combatió. Por fortuna vivió lo suficiente para ver que alcanzaba el reconocimiento y se convertía en leyenda.

Cuando en 1938 O'Gorman decidió abandonar la abogacía, que ejercía con éxito, para dedicarse a lo que hasta entonces era una afición, ya había publicado una obra de historia: la todavía utilísima *Breve historia de las divisiones territoriales*. Mas su vocación se iba a cimentar en las aulas de Mascarones, como estudiante, y a partir de 1940 como profesor, al tiempo que desempeñaba el cargo de subdirector del Archivo General de la Nación.

Su inclinación a la filosofía, a la que dedicó horas de lectura y reflexión, inspirado por Antonio Caso, Ortega y Gasset,

José Gaos y Martín Heidegger, iba a conducirlo a cuestionar la historia dominante en el México de entonces, positivista, científica o "naturalista", como la llamó don Juan Ortega. Es claro que su gran sensibilidad filosófica lo llevaría a rechazar el camino simple de las verdades objetivas, construidas con documentos inéditos, y los estériles enfrentamientos que privaban entre los que negaban el pasado colonial y los que rechazaban el prehispánico. Su postura renovadora fue aceptada por los filósofos, pero fue considerada anatema por los defensores de la historia científica. No obstante, O'Gorman no se resignó al conformismo que tanto reditúa en nuestro medio, y dándole razón a Kant por aquello de que el hombre quiere la concordia, pero la naturaleza sabe que le conviene la discordia, aceptó el compromiso de defender con valentía sus puntos de vista. En realidad, el rechazo de su gremio le sirvió de acicate y lo convirtió en un provocador casi profesional de polémicas, tanto con historiadores nacionales como extranjeros, a los que siempre puso en apuros con su clara inteligencia, amplia cultura y diestro manejo de la argumentación, legado de su ejercicio jurídico. Tal actitud le ocasionó muchos momentos molestos y dificultó la vida de sus alumnos más viejos, pero iba a servir como instancia para purgar el ejercicio de la historia en México de sus limitados horizontes, obligando a los historiadores a la reflexión sobre su verdadera tarea.

Ya la publicación de su prólogo a la *Historia natural y moral de las Indias* de Joseph de Acosta en 1940, anunciaba las tormentas que desencadenaría su rebeldía ante "verdades" aceptadas, al defender al ilustre jesuita del cargo de plagio que se le había endilgado. A este desacato seguirían otros prólogos iluminadores, artículos, la publicación comentada de documentos, impecables traducciones de obras clásicas (Locke, Hume, Adam Smith, Collingwood) y tres libros que le ayudarían a madurar su pensamiento: *Fundamentos de la historia de América* (1942), *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947) y *La idea del descubrimiento de América* (1952), texto este último con el que obtendría el doctorado. El planteamiento que se había hecho en los *Fundamentos* sobre cómo había pasado América a ser parte constitutiva de la cultura occidental, lo continuó en 1947 en *Crisis y porvenir*, con la inquisición sobre el ser de América; posteriormente, en *La idea del*

descubrimiento, al seguir con cuidado minucioso la historia del proceso de cómo los europeos se percataron de que las tierras con que se habían tropezado eran una entidad desconocida, es decir, desmenuzando la contradicción de atribuirle a Colón el descubrimiento de América y afirmando que lo había hecho "por casualidad". Sus ideas verían la culminación en su obra más significativa, *La invención de América*, que en sus dos versiones (en inglés y en español, ligeramente distintas) sigue la historia de la aparición geográfica e histórica de América ante la conciencia occidental y propone una interpretación sobre la diferente naturaleza de las dos Américas.

Sus argumentaciones también tocaron la historia nacional, afectada de tan grandes contradicciones. Amén de pequeños artículos y la muestra de amor patrio que es la reflexión interpretativa *México, el trauma de su historia*, para los que nos hemos dedicado a estudiar la historia del XIX su *Supervivencia política novohispana* resulta un libro capital, pues la interpretación que presenta permite seguir el largo proceso dialéctico de desaparición de la Nueva España, transida de incertidumbre por dos posibilidades de ser, en lucha por imponerse hasta el triunfo de la República en 1867.

De las múltiples facetas de don Edmundo, vale la pena recordar otra en la que hizo contribuciones fundamentales: la renovación de la enseñanza de la historia en las aulas de la Facultad. Sus cursos de Historia de la historiografía y Filosofía de la historia, a los que más tarde se sumaron el de Geografía histórica y su famoso Seminario de historia, fueron decisivos para cambiar la formación del profesional, pero también lo fue su participación en la reforma del tradicional programa de historia con motivo del traslado de la Facultad a la Ciudad Universitaria, que dio fin a aquella curiosa división que preparaba maestros en historia universal o de México, que tomaban asignaturas seriadas cronológicamente.

En Mascarones, su brillante y convincente palabra había reunido en sus clases a noveles estudiantes, espantados con su fama de "monstruo", y a profesores e intelectuales conocidos que su fama atraía. Con el traslado de la Facultad a CU cambió su público, y sus clases, hasta entonces optativas, pasaron a ser obligatorias, lo que permitió que sus enseñanzas llegaran a núcleos mayores, hecho que algunas veces tuvo resultados curiosos. Recuerdo a una maestra de primaria quien,

impresionada por la invención de América, decidió decirle a sus alumnos de 4º año de primaria que Colón no había descubierto nada, causando con ello un escándalo. Pero fue raro aquel que habiendo pasado por los cursos de O'Gorman, no abrevara en su pensamiento original y se contagiara de su descontento con lo manido. La lectura de textos fundamentales, de Hegel y Fichte a Las Casas, Motolinía o Zorita, leídos con atención y comentados atinadamente, no sólo sembraron inquietudes, sino que formaron académicos que continuarían, en la medida de sus capacidades, su tarea. De esa manera, el área de influencia de don Edmundo se amplió y sus ideas, que un día resultaron sorprendentes, se fueron imponiendo.

Su importante legado a la historiografía significa un reto para quienes nos preciamos de ser sus discípulos, pues el perfil que exigía para escribir la historia no es fácil de cumplir:

Quiero —escribió— una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y

accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo, como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable.

Aunque la mayoría no hayamos podido cumplir cabalmente con sus exigencias, gracias a su influencia nos libramos de ser simples repetidores de decires tradicionales; nos hemos atrevido a enfrentar el pasado con la conciencia de sus retos y a esforzarnos por dar lo mejor de nosotros mismos. El grado en que lo logremos, será una muestra más de que su rebeldía y sus enseñanzas cambiaron el curso de la historiografía mexicana. ♦

